

ZOROBABEL RODRIGUEZ, REDACTOR PRINCIPAL.

Suscripciones. Anual \$10 00 Semestral \$6 00 Trimestral \$3 00 Mensual \$1 00 Número suelto \$0 05

OFICINA. JALLER DE PRAT NÚM 70

LA PATRIOTIC

J. RAMON GUTIERREZ M., JEFE DE REDACCION.

Avisos. A la cabeza de la cronica, linea 10 centavos diarios. Avisos nuevos id 10 id el primer dia. Y... 05 los dias siguientes. Id economicos, medio centavo por palabra.

REMITIDOS. Los de interes jeneral se publicaran gratuitamente, los demas a precios convencionales.

Movimiento de vapores. AGOSTO DE 1888.

LEGGADAS.

Table with columns for date, ship name, and origin. Includes entries for Galicia, Santa Rosa, Copiapo, etc.

SALIDAS.

Table with columns for date, ship name, and destination. Includes entries for Copiapo, Maipo, etc.

ESCRITORIOS Y PIEZAS de habitacion.

En el numero 11, de la calle de Prat, se arriendan piezas que pueden servir para oficinas o de habitacion. En la calle de Prat, numero 70, hay con quien tratar, de 1 a 5 de la tarde.

Compañia Sud-Americana de Vapores.

Vapores para el norte. Vapor MAIPO, capitán Waksley, saldrá para Panamá el sábado 18 del presente, a las 6 P. M., con escala en Coquimbo, Huasco, Carrizal, Caldera, Antofagasta, Iquique, Pisagua, Arica, Ilo, Mollendo, Lima, Pisco, Talca, Curico, Concepcion, Valparaiso, Valdivia, Puerto Montt, Punta Arenas, y Guayaquil.

Vapor LIMARI, capitán Mayhew, saldrá para Coleta Buena el sábado 18 del presente a las 6 P. M., con escala en Leon Vides, Tongoi, Coquimbo, Totorillo, Peña Blanca, Huasco, Talca, Oliva, Antofagasta, Cobija, Tocopilla, Pabellon de Pica e Iquique.

Vapores para el sur.

Vapor LAJA, capitán Dunn, saldrá para Tomé y Talcahuano el sábado 18 del presente a las 4 P. M.

Vapor COPIAPO, capitán Mammón, saldrá el sábado 18 del presente, con escala en Tomé, Talcahuano, Coronel, Iota, Lebu, Corral, Anacleto, Calbuco y Puerto Montt.

SEGUROS.

La Comercial, Compañia Chilena de Seguros MARITIMOS Y DE INCENDIOS. CAPITAL SUSCRITO... \$ 2,500,000

Compañia de Navegacion por Vapor en el Pacifico.

Vapores para Europa. SALIDAS EN DIA SABADO. A las 6 de la tarde, con escala en Dalabauzo, Coronel, Iota, Punta Arenas, Montevideo, Rio de Janeiro, Santos, Bahia, Pernambuco, y Plymouth para desembarcar pasajeros.

VENTAS POR MAYOR.

SEDERIAS NEGRAS Y DE COLORES. LANAS, NOVEDAD PARA VESTIDO. PAÑOS, CHEVITOS ASTRACANES. FRANELAS DE FANTASIA.

VENTAS POR MAYOR.

PIELAS PARA ADORNOS. FELIPAS DE NOVEDAD. APLICACIONES NEGRAS Y DE COLORES. CINTAS FANTASIA. ARTICULOS PARA SASTRES Y MODISTAS. JERSEYS PARA NIÑOS Y SEÑORAS. FRAZADAS ESPAÑOLAS.

FOLLETIN

LAS MINAS DEL REI SALOMON

NOVELA INGLESA POR H. RIDER HAGGARD

—¡Allí, allí! gritó el moribundo en portugués, tendiendo su largo y descarnado brazo; pero nunca llegó a ella!—Nadie, nadie podrá lograr...

De repente enmudeció, y a breve rato, como si hubiera tomado una resolución, volviéndose hacia mí me dijo: Amigo mío, está Vd. allí! Mi vista concia a un agujero...

—¡Si, le contesté; sí, pero acostado ahora y descansando. —¡Ah! murmuró, bien pronto descansará... tengo sobrado tiempo para descansar... toda una eternidad! Escuchadme; ¡estoy agonizando! Hebeis sido bondadoso para conmigo... ¡Os daré mi secreto! Tal vez Vd. llegará hasta ella, si el desierto no os mata como ha muerto a mi pobre criado y a mí.

Entonces, tenté la camisa y a poco extraje de ella algo que en un principio tomé por una pieza de piel de antlope, de las que usan los boers, atada con un cordón, que en vano traté de desmenuzara. Entreguéndola, dije: —¡desatadla! Así lo hice y saqué de ella un papel doblado, en el que había escrito en un pedazo de tela manuscrita y ratada (véase al principio) escrita con caracteres casi invisibles.

Hecho esto, proseguí con voz apagada pues su debilidad aumentaba por momentos; ese papel es la exacta reproducción de todo lo que he escrito en el harapo. ¡Muchos años me ha costado desenterrarlos! Atendme: uno de mis ascendientes, refugiado político de Lisboa y uno de los primeros portugueses que desembarcaron en estas playas, lo escribió durante su agonía, en esas montañas, que nunca el pié de un europeo había hollado, ni pisó después. Llamábase José de Silvestre y hace trescientos años que vivió. Su esclavo, quien le guardaba a la faldita de este lado de las montañas, le encontró muerto y lo escribió en su casa, en Delagoa. Desde entonces ha pertenecido a la familia, sin que nadie se ocupara en leerlo hasta que yo lo hice. La vida me ha costado; pero quizás otro sea más afortunado que yo, y se convierta en el hombre más rico del mundo! ¡Ese el hombre más rico del mundo! ¡No se lo confíes a nadie, id vos mismo! Apenas terminé comenzó a desviarse y una hora más tarde todo había concluido.

En paz descanse! miró tranquilamente; yo entré su calder en una fosa muy profunda y le cubrí con grandes piedras; por lo que espero las hienas no habrán podido desenterrarlo: a poco abandoné aquel lugar.

—¡Infeliz! id el documento! dijo Sir Enrique con acento de marcado interés.

—¡Si, el documento! ¡qué era lo que decía! añadió el Capitán.

—¡Caballeros, si así lo desean os lo dire. Jamas lo he confiado a persona alguna, exceptuando a mi invidiable esposa, ya muerta, la que creyó era toda mera supercheria, y a un viejo y beodo traficante portugués, quien me lo tradujo y había olvidado completamente a la siguiente mañana. El autógrafo original está guardado en mi casa, en Durban, y en la traducción del pobre don José; pero tengo en mi cartera su reproducción en inglés y una copia exacta del mapa, si es que se le puede dar este nombre. Veido aquí.

—Yo, José de Silvestre, agonizando de hambre en la pequeña cueva donde nunca hai nieve, al lado norte del pico de la gran meridional de las dos montañas, que he llamado pechos del Sheba, seccion festo en el año 1590 con un pedazo de hueso, en un jirón de mi ropa y usando mi propia sangre como tinta. Si así esclavo lo suena cuando vengo en mi busca, lévalo a Delagoa y entréguelo a mi amigo (nombre fleible) a fin de que llegue a conocimiento del Rei y pueda enviar un ejército, que salvando al desierto y las montañas, venga a dominar a los boers, kámbos y sus artes diabólicas, para lo que necesito traer muchos sacerdotes, y será el rei más rico desde Salomon. He visto, con mis propios ojos, los diamantes sin cuento que guarda en la cámara del tesoro de Salomon, detras de la muerte blanca; mas por la traición de Gaguaia, le echadora de hechizos, nada he podido sacar a salvo, apenas la vida. Quien quiera que venga, siga las indicaciones del mapa y ascienda por la nieve del pico izquierdo del Sheba hasta llegar al pico, y a su lado norte encontrará la gran carretera que Salomon construyó, por la cual, en tres jornadas llegará al Palacio del Rei. Mata a Gaguaia, rece por mi alma. Adios.

—¡José de Silvestre!

—¡Sí, señor! ¿algo que vale más que oro, y rechinó manifiestamente los dientes.

Contrariando mi curiosidad, no quiso hacerme preguntas, porque no me agrada rebajar mi dignidad; pero lo cierto es que me habia dejado perplejo. En este instante Jim concluyó de pisar su tabaco.

—¡Señor! me dijo.

—Yo finjé que no lo habia oido.

—¡Por mi nombre! exclamó el Capitán Good; que me aborrecen si en las dos vueltas que he dado al mundo, desmenuzando en casi todo puerto, he oido o leído cosa parecida a esta.

—La anécdota es muy curiosa, señor Quatermain, añadió Sir Enrique; y supongo que Vd. no está burlando de nosotros! Bien es así que a veces se crea estar autorizado para tratar de ser a costa de un recién venido.

—¡Si así lo piensa Vd., Sir Enrique, digo bastante disgustado y guardando mi papel, por que no me agrada ser confundido con los necios, que creen injenios el contar falsedades o presumar antes los recién llegados, de extraordinarias aventuras de casa jamas ocurridas; hemos concluido por completo; y me levanté para marcharme.

—Sir Enrique apoyó su grande mano en mi hombro y me dijo: —¡Sifutese, señor Quatermain, pido a Vd. me dispensen; bien veo no pretendo engañaros; pero la historia me ha parecido tan extraordinaria que se me hacía duro creerla.

—Vd. verá el mapa y el escrito original cuando lleguemos a Durban, le dije un tanto apesadumado, porque en realidad, pensando en ello, hubiera sido maravilloso que no hubiese dudado de mi buena fe. Pero nada os he dicho respecto a nuestro hermano. Yo conocía a su compañero Jim. Era bechano por nacimiento, buen cazador y demasiado listo para un nativo. La mañana en que el señor Neville iba a partir, vi a Jim junto a mi carro picando tabaco.

—Jim, le pregunté, ¿a donde se va? —Tras de elefantes! —No, señor, vamos tras algo mejor que el marfil.

—¿Y que es ello? pregunté, pues habia despertado mi curiosidad. —No, señor, algo que vale más que oro, y rechinó manifiestamente los dientes.

Contrariando mi curiosidad, no quiso hacerme preguntas, porque no me agrada rebajar mi dignidad; pero lo cierto es que me habia dejado perplejo. En este instante Jim concluyó de pisar su tabaco.

—¡Señor! me dijo.

—Yo finjé que no lo habia oido.

—¡Por mi nombre! exclamó el Capitán Good; que me aborrecen si en las dos vueltas que he dado al mundo, desmenuzando en casi todo puerto, he oido o leído cosa parecida a esta.

—La anécdota es muy curiosa, señor Quatermain, añadió Sir Enrique; y supongo que Vd. no está burlando de nosotros! Bien es así que a veces se crea estar autorizado para tratar de ser a costa de un recién venido.

—¡Si así lo piensa Vd., Sir Enrique, digo bastante disgustado y guardando mi papel, por que no me agrada ser confundido con los necios, que creen injenios el contar falsedades o presumar antes los recién llegados, de extraordinarias aventuras de casa jamas ocurridas; hemos concluido por completo; y me levanté para marcharme.

—Sir Enrique apoyó su grande mano en mi hombro y me dijo: —¡Sifutese, señor Quatermain, pido a Vd. me dispensen; bien veo no pretendo engañaros; pero la historia me ha parecido tan extraordinaria que se me hacía duro creerla.

—Vd. verá el mapa y el escrito original cuando lleguemos a Durban, le dije un tanto apesadumado, porque en realidad, pensando en ello, hubiera sido maravilloso que no hubiese dudado de mi buena fe. Pero nada os he dicho respecto a nuestro hermano. Yo conocía a su compañero Jim. Era bechano por nacimiento, buen cazador y demasiado listo para un nativo. La mañana en que el señor Neville iba a partir, vi a Jim junto a mi carro picando tabaco.

—Jim, le pregunté, ¿a donde se va? —Tras de elefantes! —No, señor, vamos tras algo mejor que el marfil.

—¿Y que es ello? pregunté, pues habia despertado mi curiosidad. —No, señor, algo que vale más que oro, y rechinó manifiestamente los dientes.

Contrariando mi curiosidad, no quiso hacerme preguntas, porque no me agrada rebajar mi dignidad; pero lo cierto es que me habia dejado perplejo. En este instante Jim concluyó de pisar su tabaco.

—¡Señor! me dijo.

—Yo finjé que no lo habia oido.

—¡Por mi nombre! exclamó el Capitán Good; que me aborrecen si en las dos vueltas que he dado al mundo, desmenuzando en casi todo puerto, he oido o leído cosa parecida a esta.

—La anécdota es muy curiosa, señor Quatermain, añadió Sir Enrique; y supongo que Vd. no está burlando de nosotros! Bien es así que a veces se crea estar autorizado para tratar de ser a costa de un recién venido.

—¡Si así lo piensa Vd., Sir Enrique, digo bastante disgustado y guardando mi papel, por que no me agrada ser confundido con los necios, que creen injenios el contar falsedades o presumar antes los recién llegados, de extraordinarias aventuras de casa jamas ocurridas; hemos concluido por completo; y me levanté para marcharme.

—Sir Enrique apoyó su grande mano en mi hombro y me dijo: —¡Sifutese, señor Quatermain, pido a Vd. me dispensen; bien veo no pretendo engañaros; pero la historia me ha parecido tan extraordinaria que se me hacía duro creerla.

—Vd. verá el mapa y el escrito original cuando lleguemos a Durban, le dije un tanto apesadumado, porque en realidad, pensando en ello, hubiera sido maravilloso que no hubiese dudado de mi buena fe. Pero nada os he dicho respecto a nuestro hermano. Yo conocía a su compañero Jim. Era bechano por nacimiento, buen cazador y demasiado listo para un nativo. La mañana en que el señor Neville iba a partir, vi a Jim junto a mi carro picando tabaco.

—Jim, le pregunté, ¿a donde se va? —Tras de elefantes! —No, señor, vamos tras algo mejor que el marfil.

—¿Y que es ello? pregunté, pues habia despertado mi curiosidad. —No, señor, algo que vale más que oro, y rechinó manifiestamente los dientes.

Contrariando mi curiosidad, no quiso hacerme preguntas, porque no me agrada rebajar mi dignidad; pero lo cierto es que me habia dejado perplejo. En este instante Jim concluyó de pisar su tabaco.

—¡Señor! me dijo.

—Yo finjé que no lo habia oido.

—¡Por mi nombre! exclamó el Capitán Good; que me aborrecen si en las dos vueltas que he dado al mundo, desmenuzando en casi todo puerto, he oido o leído cosa parecida a esta.

—La anécdota es muy curiosa, señor Quatermain, añadió Sir Enrique; y supongo que Vd. no está burlando de nosotros! Bien es así que a veces se crea estar autorizado para tratar de ser a costa de un recién venido.

—¡Si así lo piensa Vd., Sir Enrique, digo bastante disgustado y guardando mi papel, por que no me agrada ser confundido con los necios, que creen injenios el contar falsedades o presumar antes los recién llegados, de extraordinarias aventuras de casa jamas ocurridas; hemos concluido por completo; y me levanté para marcharme.

—Sir Enrique apoyó su grande mano en mi hombro y me dijo: —¡Sifutese, señor Quatermain, pido a Vd. me dispensen; bien veo no pretendo engañaros; pero la historia me ha parecido tan extraordinaria que se me hacía duro creerla.

—Vd. verá el mapa y el escrito original cuando lleguemos a Durban, le dije un tanto apesadumado, porque en realidad, pensando en ello, hubiera sido maravilloso que no hubiese dudado de mi buena fe. Pero nada os he dicho respecto a nuestro hermano. Yo conocía a su compañero Jim. Era bechano por nacimiento, buen cazador y demasiado listo para un nativo. La mañana en que el señor Neville iba a partir, vi a Jim junto a mi carro picando tabaco.

—Jim, le pregunté, ¿a donde se va? —Tras de elefantes! —No, señor, vamos tras algo mejor que el marfil.

—¿Y que es ello? pregunté, pues habia despertado mi curiosidad. —No, señor, algo que vale más que oro, y rechinó manifiestamente los dientes.

Contrariando mi curiosidad, no quiso hacerme preguntas, porque no me agrada rebajar mi dignidad; pero lo cierto es que me habia dejado perplejo. En este instante Jim concluyó de pisar su tabaco.

—¡Señor! me dijo.

—Yo finjé que no lo habia oido.

—¡Por mi nombre! exclamó el Capitán Good; que me aborrecen si en las dos vueltas que he dado al mundo, desmenuzando en casi todo puerto, he oido o leído cosa parecida a esta.

—La anécdota es muy curiosa, señor Quatermain, añadió Sir Enrique; y supongo que Vd. no está burlando de nosotros! Bien es así que a veces se crea estar autorizado para tratar de ser a costa de un recién venido.

—¡Si así lo piensa Vd., Sir Enrique, digo bastante disgustado y guardando mi papel, por que no me agrada ser confundido con los necios, que creen injenios el contar falsedades o presumar antes los recién llegados, de extraordinarias aventuras de casa jamas ocurridas; hemos concluido por completo; y me levanté para marcharme.

—Sir Enrique apoyó su grande mano en mi hombro y me dijo: —¡Sifutese, señor Quatermain, pido a Vd. me dispensen; bien veo no pretendo engañaros; pero la historia me ha parecido tan extraordinaria que se me hacía duro creerla.

—Vd. verá el mapa y el escrito original cuando lleguemos a Durban, le dije un tanto apesadumado, porque en realidad, pensando en ello, hubiera sido maravilloso que no hubiese dudado de mi buena fe. Pero nada os he dicho respecto a nuestro hermano. Yo conocía a su compañero Jim. Era bechano por nacimiento, buen cazador y demasiado listo para un nativo. La mañana en que el señor Neville iba a partir, vi a Jim junto a mi carro picando tabaco.

—Jim, le pregunté, ¿a donde se va? —Tras de elefantes! —No, señor, vamos tras algo mejor que el marfil.

—¿Y que es ello? pregunté, pues habia despertado mi curiosidad. —No, señor, algo que vale más que oro, y rechinó manifiestamente los dientes.

Contrariando mi curiosidad, no quiso hacerme preguntas, porque no me agrada rebajar mi dignidad; pero lo cierto es que me habia dejado perplejo. En este instante Jim concluyó de pisar su tabaco.

—¡Señor! me dijo.

—Yo finjé que no lo habia oido.

—¡Por mi nombre! exclamó el Capitán Good; que me aborrecen si en las dos vueltas que he dado al mundo, desmenuzando en casi todo puerto, he oido o leído cosa parecida a esta.

—La anécdota es muy curiosa, señor Quatermain, añadió Sir Enrique; y supongo que Vd. no está burlando de nosotros! Bien es así que a veces se crea estar autorizado para tratar de ser a costa de un recién venido.

—¡Si así lo piensa Vd., Sir Enrique, digo bastante disgustado y guardando mi papel, por que no me agrada ser confundido con los necios, que creen injenios el contar falsedades o presumar antes los recién llegados, de extraordinarias aventuras de casa jamas ocurridas; hemos concluido por completo; y me levanté para marcharme.

—Sir Enrique apoyó su grande mano en mi hombro y me dijo: —¡Sifutese, señor Quatermain, pido a Vd. me dispensen; bien veo no pretendo engañaros; pero la historia me ha parecido tan extraordinaria que se me hacía duro creerla.

—Vd. verá el mapa y el escrito original cuando lleguemos a Durban, le dije un tanto apesadumado, porque en realidad, pensando en ello, hubiera sido maravilloso que no hubiese dudado de mi buena fe. Pero nada os he dicho respecto a nuestro hermano. Yo conocía a su compañero Jim. Era bechano por nacimiento, buen cazador y demasiado listo para un nativo. La mañana en que el señor Neville iba a partir, vi a Jim junto a mi carro picando tabaco.

—Jim, le pregunté, ¿a donde se va? —Tras de elefantes! —No, señor, vamos tras algo mejor que el marfil.

—¿Y que es ello? pregunté, pues habia despertado mi curiosidad. —No, señor, algo que vale más que oro, y rechinó manifiestamente los dientes.

Contrariando mi curiosidad, no quiso hacerme preguntas, porque no me agrada rebajar mi dignidad; pero lo cierto es que me habia dejado perplejo. En este instante Jim concluyó de pisar su tabaco.

—¡Señor! me dijo.

—Yo finjé que no lo habia oido.

—¡Por mi nombre! exclamó el Capitán Good; que me aborrecen si en las dos vueltas que he dado al mundo, desmenuzando en casi todo puerto, he oido o leído cosa parecida a esta.

—La anécdota es muy curiosa, señor Quatermain, añadió Sir Enrique; y supongo que Vd. no está burlando de nosotros! Bien es así que a veces se crea estar autorizado para tratar de ser a costa de un recién venido.

—¡Si así lo piensa Vd., Sir Enrique, digo bastante disgustado y guardando mi papel, por que no me agrada ser confundido con los necios, que creen injenios el contar falsedades o presumar antes los recién llegados, de extraordinarias aventuras de casa jamas ocurridas; hemos concluido por completo; y me levanté para marcharme.

—Sir Enrique apoyó su grande mano en mi hombro y me dijo: —¡Sifutese, señor Quatermain, pido a Vd. me dispensen; bien veo no pretendo engañaros; pero la historia me ha parecido tan extraordinaria que se me hacía duro creerla.

—Vd. verá el mapa y el escrito original cuando lleguemos a Durban, le dije un tanto apesadumado, porque en realidad, pensando en ello, hubiera sido maravilloso que no hubiese dudado de mi buena fe. Pero nada os he dicho respecto a nuestro hermano. Yo conocía a su compañero Jim. Era bechano por nacimiento, buen cazador y demasiado listo para un nativo. La mañana en que el señor Neville iba a partir, vi a Jim junto a mi carro picando tabaco.

—Jim, le pregunté, ¿a donde se va? —Tras de elefantes! —No, señor, vamos tras algo mejor que el marfil.

—¿Y que es ello? pregunté, pues habia despertado mi curiosidad. —No, señor, algo que vale más que oro, y rechinó manifiestamente los dientes.

Contrariando mi curiosidad, no quiso hacerme preguntas, porque no me agrada rebajar mi dignidad; pero lo cierto es que me habia dejado perplejo. En este instante Jim concluyó de pisar su tabaco.

—¡Señor! me dijo.

—Yo finjé que no lo habia oido.

—¡Por mi nombre! exclamó el Capitán Good; que me aborrecen si en las dos vueltas que he dado al mundo, desmenuzando en casi todo puerto, he oido o leído cosa parecida a esta.

—La anécdota es muy curiosa, señor Quatermain, añadió Sir Enrique; y supongo que Vd. no está burlando de nosotros! Bien es así que a veces se crea estar autorizado para tratar de ser a costa de un recién venido.

—¡Si así lo piensa Vd., Sir Enrique, digo bastante disgustado y guardando mi papel, por que no me agrada ser confundido con los necios, que creen injenios el contar falsedades o presumar antes los recién llegados, de extraordinarias aventuras de casa jamas ocurridas; hemos concluido por completo; y me levanté para marcharme.

—Sir Enrique apoyó su grande mano en mi hombro y me dijo: —¡Sifutese, señor Quatermain, pido a Vd. me dispensen; bien veo no pretendo engañaros; pero la historia me ha parecido tan extraordinaria que se me hacía duro creerla.

—Vd. verá el mapa y el escrito original cuando lleguemos a Durban, le dije un tanto apesadumado, porque en realidad, pensando en ello, hubiera sido maravilloso que no hubiese dudado de mi buena fe. Pero nada os he dicho respecto a nuestro hermano. Yo conocía a su compañero Jim. Era bechano por nacimiento, buen cazador y demasiado listo para un nativo. La mañana en que el señor Neville iba a partir, vi a Jim junto a mi carro picando tabaco.

—Jim, le pregunté, ¿a donde se va? —Tras de elefantes! —No, señor, vamos tras algo mejor que el marfil.

—¿Y que es ello? pregunté, pues habia despertado mi curiosidad. —No, señor, algo que vale más que oro, y rechinó manifiestamente los dientes.

Contrariando mi curiosidad, no quiso hacerme preguntas, porque no me agrada rebajar mi dignidad; pero lo cierto es que me habia dejado perplejo. En este instante Jim concluyó de pisar su tabaco.

—¡Señor! me dijo.

—Yo finjé que no lo habia oido.

—¡Por mi nombre! exclamó el Capitán Good; que me aborrecen si en las dos vueltas que he dado al mundo, desmenuzando en casi todo puerto, he oido o leído cosa parecida a esta.

—La anécdota es muy curiosa, señor Quatermain, añadió Sir Enrique; y supongo que Vd. no está burlando de nosotros! Bien es así que a veces se crea estar autorizado para tratar de ser a costa de un recién venido.

—¡Si así lo piensa Vd., Sir Enrique, digo bastante disgustado y guardando mi papel, por que no me agrada ser confundido con los necios, que creen injenios el contar falsedades o presumar antes los recién llegados, de extraordinarias aventuras de casa jamas ocurridas; hemos concluido por completo; y me levanté para marcharme.

—Sir Enrique apoyó su grande mano en mi hombro y me dijo: —¡Sifutese, señor Quatermain, pido a Vd. me dispensen; bien veo no pretendo engañaros; pero la historia me ha parecido tan extraordinaria que se me hacía duro creerla.

—Vd. verá el mapa y el escrito original cuando lleguemos a Durban, le dije un tanto apesadumado, porque en realidad, pensando en ello, hubiera sido maravilloso que no hubiese dudado de mi buena fe. Pero nada os he dicho respecto a nuestro hermano. Yo conocía a su compañero Jim. Era bechano por nacimiento, buen cazador y demasiado listo para un nativo. La mañana en que el señor Neville iba a partir, vi a Jim junto a mi carro picando tabaco.

—Jim, le pregunté, ¿a donde se va? —Tras de elefantes! —No, señor, vamos tras algo mejor que el marfil.

—¿Y que es ello? pregunté, pues habia despertado mi curiosidad. —No, señor, algo que vale más que oro, y rechinó manifiestamente los dientes.

Contrariando mi curiosidad, no quiso hacerme preguntas, porque no me agrada rebajar mi dignidad; pero lo cierto es que me habia dejado perplejo. En este instante Jim concluyó de pisar su tabaco.

—¡Señor! me dijo.

—Yo finjé que no lo habia oido.

—¡Por mi nombre! exclamó el Capitán Good; que me aborrecen si en las dos vueltas que he dado al mundo, desmenuzando en casi todo puerto, he oido o leído cosa parecida a esta.

—La anécdota es muy curiosa, señor Quatermain, añadió Sir Enrique; y supongo que Vd. no está burlando de nosotros! Bien es así que a veces se crea estar autorizado para tratar de ser a costa de un recién venido.

—¡Si así lo piensa Vd., Sir Enrique, digo bastante disgustado y guardando mi papel, por que no me agrada ser confundido con los necios, que creen injenios el contar falsedades o presumar antes los recién llegados, de extraordinarias aventuras de casa jamas ocurridas; hemos concluido por completo; y me levanté para marcharme.

—Sir Enrique apoyó su grande mano en mi hombro y me dijo: —¡Sifutese, señor Quatermain, pido a Vd. me dispensen; bien veo no pretendo engañaros; pero la historia me ha parecido tan extraordinaria que se me hacía duro creerla.

—Vd. verá el mapa y el escrito original cuando lleguemos a Durban, le dije un tanto apesadumado, porque en realidad, pensando en ello, hubiera sido maravilloso que no hubiese dudado de mi buena fe. Pero nada os he dicho respecto a nuestro hermano. Yo conocía a su compañero Jim. Era bechano por nacimiento, buen cazador y demasiado listo para un nativo. La mañana en que el señor Neville iba a partir, vi a Jim junto a mi carro picando tabaco.

—Jim, le pregunté, ¿a donde se va? —Tras de elefantes! —No, señor, vamos tras algo mejor que el marfil.

—¿Y que es ello? pregunté, pues habia despertado mi curiosidad. —No, señor, algo que vale más que oro, y rechinó manifiestamente los dientes.

Contrariando mi curiosidad, no quiso hacerme preguntas, porque no me agrada rebajar mi dignidad; pero lo cierto es que me habia dejado perplejo. En este instante Jim concluyó de pisar su tabaco.

—¡Señor! me dijo.

—Yo finjé que no lo habia oido.

—¡Por mi nombre! exclamó el Capitán Good; que me aborrecen si en las dos vueltas que he dado al mundo, desmenuzando en casi todo puerto, he oido o leído cosa parecida a esta.

—La anécdota es muy curiosa, señor Quatermain, añadió Sir Enrique; y supongo que Vd. no está burlando de nosotros! Bien es así que a veces se crea estar autorizado para tratar